La gran casa
The great house

La casa se alzaba en mitad de la ladera. Por encima coronaba una alargada colina, por la parte de abajo y centro, corría el río y, frente a la casa y al otro lado del río, se extendía una pronunciada umbría. Tupido todo el terreno por espesa y verde vegetación y surcada esta umbría por algunas sendas. Al levante, se veía Sierra Nevada y al poniente, para donde corría el río, se veía la vega, la ciudad y la Alhambra.

La casa era alargada, de paredes en de tierra y ladrillos, con tres plantas, varias puertas y algunas ventanas. Por la ladera y desde el huerto, avanzaba una copiosa acequia repleta casi siempre de agua cristalina procedente de las nieves en las altas cumbres. Por el lado de abajo de la casa, en la ladera, había muchos bancales, sembrados todos estos bancales con naranjos, limoneros, algunas nogueras y varias moreras. Las cristalinas aguas de la acequia, regaban estos árboles así como los jardines y el trozo de huerto por delante y cerca de la casa.

En la casa vivía un grupo de hombres, sabios, científicos, filósofos, poetas y teólogos. Ellos mismos se proclamaban amante de las plantas, ríos, aves y manantiales. Paseaban, reflexionaban y meditaban al caer las tardes y por las mañanas, por los jardincillos cerca de la casa y a veces, observaban a las ardillas que por entre los árboles saltaban.

Un verano muy caluroso, quizá el más caluroso que se haya dado nunca por los rincones de Granada, el principal de esta casa, dijo al joven que vivía entre ellos:
- Este mes de agosto, está haciendo mucho calor. Nunca antes por aquí hemos conocido veranos tan calurosos. Los árboles del jardín y el huerto, necesitan ser regados para que nada se seque. Mientras regresa la persona que cuida de todo esto, encárgate tú del riego.
Y el joven dijo:
- Lo haré encantado porque me gustan las plantas, los animales y el rumor de las aguas pero…
Pregunto el principal:
- ¿Pero qué?
- En esta casa, varios no se llevan bien conmigo. Si me encargo de lo que me pides, lo que no quiero es pelearme con ellos.
- ¿Por qué ibas a pelearte?
- Porque presiento que en cuanto tengan la oportunidad se entremeterán en lo que hago con la intención de fastidiarme.
- Yo hablaré con ellos para que sepan que tú cumples órdenes mías.

Se sintió bien el joven y el mismo día uno de agosto, comenzó a regar las tierras. Los naranjos, el jardincillo y el pequeño huerto. Y guiando el agua de la acequia mayor a cada uno de estos rincones al tiempo que se decía: “Hace mucho calor y por eso pienso que todas estas plantas necesitan más agua que en otros momentos. No me gustaría que se secaran los naranjos o las plantas del huerto. Todo lo contrario: me sentiré bien si veo a estas plantas echar brotes nuevos, flores y frutos. Porque ellas, cada árbol aquí creciendo, cada rosal, cada tallo de hierbabuena, noguera, granado o avellano, es un ser vivo que yo siento y quiero tratar como tal. Si pasan sed estas plantas, tengo cierto que sufrirán y si están bien hidratadas, también soy consciente de que se sentirán bien y los mostrarán en el color de sus hojas, tallos y frutos”.

Así que puso el joven todo su cariño en que no faltara agua a ninguna de estas plantas. Pero sucedió que a los pocos días, dos de los que no lo querían fueron al administrador y le dijeron:
- Está gastando agua como un loco. De día y de noche riega las plantas y por eso hasta la hierba crece y lo inunda todo.
A las pocas horas, el administrador llevó la noticia al grupo de sus consejeros y aquí se habló de todo y nada en defensa del joven. Por la tarde, el administrador llamó al joven y le dijo:
- Estás gastando agua como un loco.
- El principal me ha encargado este trabajo.
- Pero es que desde siempre, en esta casa hubo jardín y huerto y nunca fue necesario regar tanto.
- Pretendo que las plantas ni pasen sed ni se queden sin vida.
- Bien, esa es tu teoría pero desde ahora mismo quedas relevado de esta tarea.

Guardó silencio el joven porque sabía que el administrador estaba a favor de los que con él no se llevaban bien. Los que no le querían y procuraban dañarlo de la manera que fuera. Al mediodía, en la comida, el más enemigo suyo y que tenía claro había empujado al administrador para que fuera contra él, se sentó en la mesa junto al joven. Lo miró como regodeándose del daño que le había hecho y susurrando bajo le dijo:
- He ido contra ti y he ganado. Me siento feliz.

Sin más, el joven se levantó de la mesa. Porque sintió que era cínico estar sentado y comer casi en el mismo plato del que con tanta maldad se comportaba con él. No dijo nada, salió de la sala, de la casa, recorrió el jardín, bajó por las sendas y al llegar al río, cruzó las aguas. Subió por la ladera de enfrente y avanzó hasta la gran roca blanca que al final de la ladera se encontraba. Se veía desde aquí, al otro lado del río, la gran casa blanca. En la pequeña cueva que en esta roca había, se refugió. Miró triste a la gran casa y se dijo: “No volveré más con vosotros. Os creéis importante y sabios pero sois malos. Me enfrentaré a la vida, de la manera que sea y si me tengo que morir, me muero. Dios me recompensará de la manera que sea ya que vosotros parece que solo queréis hacerme daño. Porque sé que habéis ido contra mí movidos por esta actitud”.

Hizo aquella noche mucho calor. Desde la puerta de la cueva donde se había refugiado, durante mucho rato, estuvo contemplando, iluminada por la luz de la luna, la gran casa en la ladera de enfrente. Y sintiendo, a cada instante, la sed y el sufrimiento que iban a pasar las plantas que, por donde la casa, crecían. Con este agudo pesar, en la misma puerta de la cueva, se quedó dormido.

Tuvo un sueño y en él violo que había presentido, sucedería. A lo largo del verano y en los meses de otoño, nadie más regó un solo árbol por donde la gran casa. Se secaron rosales, plantas aromáticas, naranjos, hortalizas en el huerto y cipreses por la entrada. Al poco, vio como cortaron casi todos estos árboles y las tierras se quedaron peladas. Árido, reseco y muy pálido todo el terreno y por completo sin vida ninguna. Ni pájaros, abejas, mariposas, ardillas o conejos. Todo por completo desolado y como anunciando un final aún peor. Lo vio en su sueño.

Pasaron los años, muchos y las lluvias y nieves cayeron. La gran casa, empezó a quedarse vacía. Porque los que la ocupaban, envejecieron y todos fueron muriendo. Cerraron las puertas y ventanas y el tiempo fue desconchando y desmoronando cada pared, tejado y patio. Por donde toda esta desolación y vida por completo enterrada en el tiempo e ignorada por la humanidad entera, se vio él caminando. Interiormente seguía sintiendo el dolor de tanto desolación y muerte y por eso lloró y rezó al cielo. Y cayó en la cuenta el poco valor que al correr del tiempo, tiene lo que hacen dicen y deciden algunas personas. “Y menos aún vale ni permanece eterno, aquellas cosas, acciones o palabras que están vacías de amor, respeto para con las personas, animales, seres vivos y universo entero”.